

des que yo les daba, sobre que el astro que por mi deber debia honrar, brillaria en su debido tiempo, para darnos la señal de nuestra seguridad. Pero, señor, lo que con dificultad creerá Vuestra Magestad, es que el padre me dió por respuesta á todas mis exhortaciones que corroboraban la confianza, estas palabras ¡*Ta! ¡ta! ¡ta!* y el hijo ¡*Bah! ¡bah!* Lo que prueba cuanto se turba la prudencia de los hombres por la afliccion y les hace olvidar los buenos modales. Sin embargo estos dos gentiles hombres, los Peverils, muy convencidos de la necesidad de ponerse en libertad aunque no fuese mas que para dar parte á Vuestra Magestad de estas reuniones peligrosas, comenzaron á embestir contra la puerta del cuarto : ataque á que ayude con toda la fuerza que Dios quiso darme, y que me han dejado sesenta años. Pero no podiamos ejecutar, como tuvimos por desgracia la prueba, esta tentativa con tanto silencio, que no nos oyesen los que nos guardaban. Entraron muchos de estos, y obligaron á mis dos compañeros con el puñal y la pica para que fueran con ellos á otro cuarto disolviendo así nuestra

gustosa sociedad. En cuanto á mí, me encerraron solo en el mismo cuarto, y convendré en que lo sentí mucho. Pero cuanto mas grande es la miseria, como canta el poeta, mas cerca está el socorro; y de repente se abrió una puerta de esperanza.

— ¡Por Dios! señor, dijo el duque de Ormond, haga Vuestra Magestad traducir á la lengua del buen juicio por algun autor de novelas, la historia que nos cuenta esta pobre criatura, para que podamos comprender alguna cosa.

Geoffrey Hudson miró irritado al anciano señor irlandés, quien no podia moderar su impaciencia; y frunciendo las cejas, le dijo con dignidad, que bastaba para una pobre criatura como él tener un duque entre manos, y que si el duque de Buckingham no le ocupara enteramente por ahora, no sufriria tal insulto del duque de Ormond.

— Modere vm. su valor por respeto nuestro, y reprima su enojo, muy poderoso sir Geoffrey Hudson, le dijo el rey, y perdone al duque de

Ormond, porque yo se lo pido. Pero sobre todo continúe vm. su historia.

Geoffrey Hudson se puso la mano en el pecho y se inclinó ante el rey para indicar que podía obedecer á sus órdenes sin derogar su dignidad. Volviéndose entonces á Ormond hizo un gesto con la mano para anunciarle su perdón, acompañado con una sonrisa de reconciliación, que no era mas que un gesto.

— Explicaré ahora, señor, con el agrado de Su Señoría, continuó, que cuando dije se me abrió de repente una puerta de esperanza, quise decir una puerta oculta bajo la tapicería y por la que vi salir esta brillante aparición, es decir, sombría y brillante como una hermosa noche en el continente, donde el azul de un cielo sin nubes nos cubre con un velo que agrada mas la vista que la claridad que deslumbra por el día; pero yo advierto la impaciencia de Vuestra Magestad: ya basta. Seguí á mi guía celeste á otro cuarto, donde ví una singular mezcla de armas y de instrumentos de música; entre estos últimos, noté uno que me había servido una vez de asilo: — Un vio-

lon. Mi protectora pasó por detras del instrumento sorprendiéndome mucho; y, abriendo la caja por un resorte me hizo ver estaba llena de pistolas, puñales y municiones, pasadas todas á unas bandoleras. — Estas armas, me dijo ella entonces, están preparadas para sorprender esta noche al imprudente Carlos en su corte. — Perdoneme Vuestra Magestad si lo refiero con sus propias expresiones. — Pero si te atreves á ponerte en lugar de estas armas puedes ser el salvador del rey y del reino: si tienes algun miedo yo seré quien arriesgue la aventura. — ¡No permita Dios, exclamé yo, que Geoffrey Hudson sea tan cobarde que dé lugar á semejante desgracia! Bien sabido es que yo estoy acostumbrado á esto, yo estuve oculto en la faltriguera de un gigante, habité algun tiempo en un pastel. — Entre vm. pues, en la caja sin perder tiempo, me dijo. A pesar de todo y aunque me disponia para obedecer, no negaré que me estremece sin querer, lo que ciertamente no es incompatible con el valor. Confésele tambien que, si era posible, preferiria ir á palacio sir-

viéndome de mis pies. Pero no quiso variar de parecer y me respondió apresurada que no podía yo salir de la casa sino así, porque no me dejarían, y que el solo medio de presentarme á Vuestra Magestad, señor, era el que me proponía ella; que entonces advirtiese á Vuestra Magestad estuviese sobre aviso, que era indispensable no dormirse sobre las pajas, que una vez oreada la mecha era mas temible el estampido. Atrevido, y aun temerario, me metí en la caja, y me despedí de la luz del día que comenzaba entonces á retirarse. Mi guarda, antes de ponerme allí, había sacado las armas y las había echado en el hueco de una chimenea cubierta con un guarda viento. La supliqué, al tiempo que me encerraba, encargase á los que me llevaran tuviesen siempre la parte que figura el mango del instrumento á lo alto para no hallarme patas arriba, pero antes que pudiese yo acabar mi súplica ya me hallé solo y en tinieblas. Casi al mismo tiempo llegaron dos ó tres tunantes, cuya lengua, según comprendí, me dió á conocer que eran alemanes, y al servicio del duque de Buckingham, oí que su gefe

les daba las órdenes sobre lo que debían hacer cuando tomasen las armas ocultas y.... porque quiero hacer justicia al duque, entendí que tenía orden expresa de no tocar la persona de Vuestra Magestad ni de sus cortesanos, y de proteger á cuantos se pudiesen hallar en la corte contra la irrupción de los fanáticos. Por lo demás estaban encargados de desarmar á los gentiles hombres pensionarios, en el cuerpo de guardia, y de apoderarse del palacio.

Mostróse el rey confuso y pensativo luego que oyó esta narración, encargó á lord Arlington mandase á Selby visitar con secreto las demás cajas de instrumentos que habían traído. Entonces hizo seña al enano para que prosiguiese, y le preguntó varias veces con la mayor gravedad, si estaba bien seguro de haber oído nombrar al duque de Buckingham como autor ó cómplice de tal atentado.

El enano le respondió siempre de un modo positivo que sí.

— Eso es una chanza algo mas que pesada, dijo el rey.

Hudson volviendo á tomar la palabra, dijo

que despues de su trasformacion fué llevado á la capilla, donde habia oido al predicador finalizar el sermon como habia dicho antes. — No hay expresiones con que pintar el estado de agonía en que me ví, cuando me pareció se disponia el que me llevaba á volver la caja para dejarla en un rincon; en cuyo caso hubiera podido prevalecer la fragilidad humana contra toda mi lealtad y amor por mi soberano, y contra el temor de la muerte que debia contar por cierto llegando á ser descubierto. Dudo mucho que me hubiera sido posible contenerme en gritar por mucho tiempo si me hubiese visto cabeza abajo.

— Y, por mi vida, que no te hubiera culpado, dijo el rey: si yo me hubiera visto en semejante lance en la encina real, hubiera dado rugidos como un leon. ¿Esto es todo cuanto tienes que decirnos acerca de esta rara conspiracion?

Habiendo respondido sir Geoffrey Hudson que no sabia mas, — Retírate pues, amiguito mio, le dijo el rey; no me olvidaré de tus servicios. Estamos obligados en conciencia, y

cumpliremos con este deber dando una habitacion mas cómoda y espaciosa al que por servirnos se acurrucó en la caja de un violin.

— De un violon, con permiso de Vuestra Magestad, señor, dijo el hombrecito, volviendo por su honor; aunque por servir á Vuestra Magestad hubiera yo querido encerrarme en la caja de un violin de faltriguera.

— Cualquier hazaña que de esta clase hubiese podido hacer alguno de nuestros súbditos, la hubieras hecho tú, Hudson, dijo el rey, no tenemos duda en ello. Retírate de aquí, y, por ahora procura no decir una palabra de este asunto. Atiende bien á lo que te digo. Tu llegada aquí debe pasar por una botargada del duque de Buckingham, y nada debe traslucirse de la conspiracion.

— ¿No convendria tener en seguridad su persona? preguntó el duque de Ormond despues que salió del gabinete el enano.

— No es necesario, respondió el rey. Conozco mucho tiempo hace á este picarillo. Para presentar un modelo de lo absurdo ha encerrado la fortuna un alma grande en esta cajita. Es un

verdadero Don Quijote impreso en-32, en cuanto á manejar la espada y guardar su palabra. Se tendrá cuidado con él. Pero, por vida mia, milor, ¿no es la tal accion de Buckingham el colmo de la ingratitud y la perfidia?

— No hubiera podido portarse así, dijo el duque de Ormond, si Vuestra Magestad hubiese mostrado menos indulgencia con él en otras acciones.

— ¡Milor, milor! exclamó el rey algo impaciente, Vuestra Señoría es enemigo declarado de Buckingham; y escogeremos un consejero mas imparcial. ¿Qué piensa Vuestra Señoría, milor Arlington?

— Señor, respondió este, yo pienso como imposible lo que acabamos de oír, á no ser que entre él y Vuestra Magestad haya habido algun altercado que no sepamos. El duque tiene sus prontos, es inconsecuente, pero esto seria una demencia rematada.

— Es muy cierto, dijo el rey, que esta mañana se ha interpuesto una nube entre nosotros. Parece que acaba de morir la duquesa, y Su Señoría, no queriendo perder tiempo, ha

mirado al rededor de sí en busca de los medios para reparar esta pérdida, y se ha tomado la confianza de pedir nuestro beneplácito para hacer la corte á nuestra sobrina lady Ana.

— Muy bien, y Vuestra Magestad se le ha negado, dijo Arlington.

— Y tal vez de un modo que habrá podido mortificar su soberbia, respondió el rey.

— ¿Estaba solo Vuestra Magestad, ó presenciaron algunos testigos la escena? preguntó el duque de Ormond.

— Absolutamente solo, respondió el rey; porque no estaba presente mas que el pequeño Chiffinch, y se debe suponer que es como si no hubiese habido nadie.

— ¡*Hinc illa lacrimæ!* replicó Ormond. Conozco yo perfectamente á Su Señoría. Si no hubiera tenido testigos la repulsa de su audacia ambiciosa, le seria posible soportarla; pero semejante descalabro, recibido á presencia de un hombre, á quien miraba como muy capaz de decirle en confianza á toda la corte, era una afrenta por la que ha deseado vengarse. Selby llegó entonces con prisa dando parte de

que acababa de llegar el duque de Buckingham.

Levantóse el rey. — Que apronten una barca, dijo él, y que un destacamento de yeomen * se ponga sobre las armas, por si fuere necesario enviarle á la Torre, como acusado de alta traicion.

— ¿No seria necesario mandar al secretario de estado que labrase un mandato? preguntó el duque de Ormond.

— No, milor, no, respondió el rey secamente : aun espero que podamos evitar este extremo.

* Ciertos guardias del rey en Inglaterra. — TRAD.

CAPITULO XI.

Buckingham, duque altanero,
Se vuelve pues circunspecto.
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Antes de dar cuenta de la entrevista del duque de Buckingham con su soberano ofendido, debemos contar á nuestros lectores una ó dos circunstancias de importancia secundaria, que ocurrieron en el corto intervalo que pasó yendo el duque desde York-Place hasta Whitehall.